

Reseñas

Juan Pimentel. **El rinoceronte y el megaterio, un ensayo de morfología histórica.** Madrid: Abada Editores; 2010, 316 p. ISBN 978-84-96775-67-1, € 18,27.

En los últimos años, la visión del mundo animal desde una perspectiva culturalista ha sido un tema que cada vez despierta un mayor interés por parte de los historiadores españoles, al menos si utilizamos este término en sentido amplio e incluimos a quienes abordan el pasado desde la filosofía, la literatura, el arte o la ciencia. Es cierto que en España partimos con un cierto retraso (de hecho, obras ya clásicas, como *Man and the natural World* de Keith Thomas, o *Les animaux ont une histoire* de Robert Delort, ni siquiera han sido traducidas al castellano), y de ello da fe la escasa atención que al mundo hispánico presta la obra colectiva coordinada por Linda Kalof y Brigitte Resl, *A cultural history of animals*, que en seis volúmenes publicara la editorial Berg Publishers en el año 2007. Pero no lo es menos que parecen detectarse algunos síntomas que indican que esta situación de relativo desinterés comienza lentamente a cambiar, siendo una buena muestra de ello la celebración en este año de 2010 de dos congresos a cargo respectivamente de las universidades de Castilla-La Mancha y de Cádiz cuyo denominador común es la visión de los animales a través del tiempo, las traducciones de obras como *La jirafa de los Medici* (Barcelona: Gedisa; 2006) de Marina Belozerskaya, o *El oso. Historia de un rey destronado* de Michel Pastoureau (Barcelona: Paidós; 2007), las magníficas aportaciones de Carlos Gómez-Centurión, profesor titular de historia moderna en la Universidad Complutense de Madrid, sobre el colecciónismo de animales exóticos en la España dieciochesca, o la publicación de la obra que en estos momentos nos ocupa, debida a la pluma de Juan Pimentel Igea, científico titular del Instituto de Historia del CSIC, y que ya dio sobradas muestras de su buen hacer en ese magnífico libro *Testigos del mundo: ciencia, literatura y viajes en la Ilustración* (Madrid: Marcial Pons; 2003).

Desde Plutarco hasta el Richelieu y Olivares de Elliott, el género de las vidas paralelas ha constituido uno de los terrenos más fértiles para realizar historia comparada. Pero a muy pocos, al menos que conozcamos, se les había ocurrido realizar ese ejercicio intelectual en el ámbito animal, y esta es una de las no

pocas virtudes del libro que va a ocupar en estos momentos nuestra atención. Porque, efectivamente, se nos muestran dos trayectorias muy similares: la de dos animales que durante mucho tiempo solamente existieron en la imaginación y que representaron una válvula de escape a lo fantástico, lo exótico y lo prodigioso. Un rinoceronte, Ganda, llegado a Portugal procedente de la India, enviado al Papa, y naufragado junto con el barco que lo transportaba hacia Italia en 1516, que nos evocaba el legendario Oriente, considerado desde los griegos como la tierra de maravillas por excelencia; y un megaterio (bueno, al principio, según el dibujo realizado por Juan Bautista Bru en 1796, un cuadrúpedo muy corpulento y raro) que nos retrotraía a un mundo perdido (pequeño homenaje al fantástico relato de Conan Doyle) en el pasado más lejano.

Y es una Ilustración que está dando sus últimos coletazos la que debe hacer frente al desafío que representa una especie absolutamente desconocida, el megaterio, la cual, en un primer momento, es imaginada y reconstruida utilizando los referentes existentes. Paradójicamente, sería un ámbito relativamente poco considerado en la cultura europea del momento, el español, el que acometería el primer esbozo de recreación de la nueva criatura, a través del Real Gabinete de Historia Natural de Madrid, adonde llegaron los restos de nuestro animal, procedentes del Río de la Plata, en 1788, aunque fuese el gran naturalista francés Cuvier quien acabara bautizándolo y desentrañando algunos de sus misterios.

Tal como pone de relieve el autor en numerosas ocasiones, la ciencia es, muchas veces, recreación, imaginación e inventiva, y no siempre la constatación empírica de datos e informaciones absolutamente incuestionables. También una construcción social, en la cual el peso de la tradición cultural existente es, en muchas ocasiones, absolutamente decisivo, y no tanto el heroísmo intelectual demasiadas veces reflejado en la tradición historiográfica *whig* según la cual individuos solitarios armados con la sola fuerza de su razón y su intelecto hubieron de abrirse camino entre las tinieblas de la ignorancia, la superstición y el fanatismo, afirmaciones todas ellas muy queridas desde la Ilustración y que se convertirían en mito en un siglo XIX que consagró la idea de la objetividad del científico, objetividad que, tal como han mostrado muy recientemente Peter Galison y Lorraine Daston (*Objectivity*, 2007), se ha desvelado como una quimera imposible de alcanzar.

Libro original, evocador, muy bien construido, y maravillosamente escrito (la erudición y el rigor no tienen porqué estar reñidos con la amenidad, aunque en el mundo académico muchos parecen estar empeñados en demostrar lo contrario), la obra de Pimentel constituye además una reflexión acerca de porqué sabemos lo que sabemos, continuando, en este sentido, los fecundos planteamientos revi-

sionistas sobre la historia de la ciencia que ofrece, como uno de sus mejores exponentes, la obra de Steven Shapin *La revolución científica. Una interpretación alternativa*. Tiene la virtud de mostrarnos que la ciencia y la historia no constituyen disciplinas tan lejanas, porque, a la postre, ambas reflexionan acerca de lo que nos rodea, en el presente, y en el pasado, y somos los seres humanos los que hemos clasificado, desmenuzado y etiquetado los saberes, lo que no pasa al fin y al cabo, de ser una construcción cultural, siendo herederos en este sentido, de una tradición decimonónica que consagró la división entre ciencias y letras, olvidando que el mundo que nos rodea (o, por decirlo más exactamente, lo que percibimos del mismo) es único, y somos nosotros los que lo parcelamos. Lo que no era así en el siglo XVIII, señalando al respecto la publicación periódica *Variedades de ciencias, literatura y artes* (tomo III, 1803, p. 6) como «se sabe generalmente que todos los conocimientos humanos son ramas de un mismo árbol, nacidas de un mismo origen, y unidas entre sí por un tronco común, que se fortifican y enriquecen los unos con los otros, y que si las ciencias dan gravedad y solidez a las letras y a las artes, las letras a su vez amenizan la austeridad de las ciencias, y las hacen mas comunicables». Cualquier lector, especialista o curioso, que se enfrente a este libro, acabará su lectura con más preguntas que respuestas, lo cual, al fin y al cabo, es lo mejor que le puede pasar a un libro de historia. ■

Arturo Morgado García, Universidad de Cádiz

Guillemette Bolens. *Le style des gestes. Corporéité et kinésie dans le récit littéraire*. Lausanne: Éditions BHMS (Bibliothèque d'histoire des la médecine et de la santé); 2008, 156 p. ISBN: 978-2-9700536-7-5, € 24.20.

In her book *Le style des gestes. Corporéité et kinésie dans le récit littéraire*, Guillemette Bolens gives an account of how literary narratives can provide models of a corporeality that is not self contained. Bolens teaches Medieval Literature at the University of Geneva and her research interests include the history of the body and corporeal logics in classical and medieval as well as in contemporary literature. In this most recent book, she comes up with a comparative approach that comprises a vast variety of sources from disparate historical periods and different media, in order to develop the outline of a specific type of knowledge that is situated in the corporeal.